

mística de la Compañía, aunque con fortuna bastante desigual. La mayoría de los escritores que se consagraron a este ramo, nos dejaron obras biográficas, de las cuales algunas son todavía leídas por el público español. El primero que nos parece digno de mención es el P. Alonso de Andrade, a quien ya dimos a conocer en el tomo anterior como asceta, y aquí habremos de presentar como historiador. Su grande obra fué la continuación de los *Varones ilustres*, empezada por Nieremberg. A los cuatro tomos en folio que publicó su predecesor, añadió el P. Andrade otros dos, que son el V y el VI de toda la colección. Salieron a luz el año 1666, y presentan la vida de varios hombres insignes muertos poco antes con gran reputación de santidad. En el plan de la obra y en el modo de ejecutarle, siguió casi siempre las huellas de su predecesor. Las biografías de Andrade son algo más claras y muestran el retrato de los biografiados con alguna más precisión de la que aparece en Nieremberg. Con todo eso, los defectos son casi los mismos. Falta de orden, escasa profundidad en el conocimiento de las personas y de los hechos, credulidad piadosa que procura interpretarlo todo en buen sentido y omisión de ciertos pormenores, que no dejaría de saber el autor, pero que, según la costumbre poco prudente de aquel tiempo, se procuraba sepultar en el olvido.

En 1652 el tan conocido P. Francisco Colín, daba a luz la primera biografía completa que se escribió de San Alonso Rodríguez. Había conocido al Santo en su juventud, y no sabemos si por propia iniciativa o por orden de los superiores, determinó el P. Colín transmitir a la posteridad los actos de virtud que habían estado casi ocultos a los ojos del público en el humilde portero de Mallorca. La vida del Santo, conducida con bastante claridad y escrita con estilo algo difuso, pero claro y correcto, fué leída con mucho gusto por los españoles del siglo XVII, y hoy es todavía la piedra fundamental en que se apoyan otros historiadores para ilustrar la vida de San Alonso Rodríguez.

Lo que hizo el P. Colín con San Alonso determinó hacerlo con San Pedro Claver el P. José Fernández, nacido en Tarazona el año 1617. Tres años después de morir el Santo, en 1657, salió a luz con el seudónimo de *Suárez de Somoza* una breve vida del apóstol de los negros; pero este trabajo rudimentario no satisfizo a la mayoría de los lectores. Los procesos que se hicieron en Cartagena el año 1658 en orden a la beatificación de Claver recogie-

ron copiosísimos datos sobre aquella vida admirable, y el Padre Fernández habiendo tenido la dicha de leer aquellos procesos, resolvió redactar sobre ellos una historia cumplida de San Pedro Claver. Salió a luz el libro con el título de *Apostólica y penitente vida del Venerable P. Pedro Claver*. Imprimióse en Zaragoza el año 1666. Algo difusa parecerá hoy esta vida a la mayoría de los lectores. No hay duda que la narración del P. Fernández carece de aquella animación y brío que hoy deseamos en las historias; pero le debemos agradecer el haber recogido copiosísimos materiales para la vida del Santo y haberlos ordenado con bastante buen método. Además, es mérito del P. Fernández el no haber exagerado las virtudes y hazañas de su héroe y habernos presentado a Claver tal cual fué. Verdad es que la vida de aquel hombre fué tan asombrosa, que para aturdir a los lectores no necesitaba el autor exagerar. Bastábale la lisa y clara exposición de aquella realidad estupenda.

Ya en el tomo anterior (1) mencionamos al P. Martín de la Naja. El año 1678, con el título de *El misionero perfecto*, lanzó al público la biografía del P. Jerónimo López. Era un tomo en folio, escrito con poco orden, en un estilo difuso y amazacotado, que ejercita bastante la paciencia de los lectores. Sería de desear que algún escritor moderno, de más arte literario, refundiese en una obra más breve y amena los copiosísimos datos que recogió el P. la Naja, y que presentase a nuestros ojos en toda su grandeza la imagen venerable del gran misionero Jerónimo López.

Más renombre que los autores citados alcanza entre el público español otro biógrafo, que todavía tiene bastante lectores entre la gente religiosa. Es el P. Francisco García, nacido en Vallecas el año 1641. Poco sabemos de su vida, y sólo nos consta que fué algún tiempo maestro de teología. Murió en 1685, y en el espacio bastante corto de su carrera pudo trabajar tres biografías, que han sido bastante consultadas y leídas en el público español. En 1672 publicó la *Vida y milagros de San Francisco Javier*. Esta es la vida del Santo que comúnmente leen aún en nuestros días los españoles. Cada nación de Europa tiene alguna vida del Apóstol de las Indias, que es uno de los Santos más conocidos en el pueblo católico. En España leemos principalmente la que escribió el P. Francisco García. Es bastante clara, los hechos

(1) Véase la pág. 120, nota.



aparecen bien ordenados, el estilo es castizo, como entonces lo era en todos los castellanos, pero además carece de la deformidad gongorina, que suele hacer intolerables casi todas las historias de aquel tiempo. Tiene el defecto de exagerar lo maravilloso y de añadir pormenores que tal vez hacen sonreír al lector. Es necesario rebajar algún tanto los milagros y cosas extraordinarias que nos refiere el P. García, pero con todo eso queda en su libro una serie de noticias sobre el santo Apóstol bien expuestas y en forma que con la admiración debida al gran Javier, se fomentan los afectos de piedad cristiana que generalmente se buscan en las vidas de los Santos.

Nos parece de más mérito la vida que escribió el mismo autor de nuestro P. San Ignacio. Es ciertamente mucho menos leída que la del P. Ribadeneira; pues ésta corre en España con un sello de clásica elegancia, que otras biografías no le pueden disputar. El P. García es algo más copioso en datos históricos, porque tuvo delante otras biografías, y sobre todo la del P. Bártoli, que habían acrecentado notablemente los conocimientos sobre San Ignacio. Aprovechando estos materiales, el P. García completa las noticias de Ribadeneira, expone con cierto entusiasmo las virtudes y hechos históricos de nuestro Santo Fundador, y aunque no puede ser llamado historiador crítico, merece ser leído como escritor juicioso y razonable. Salió a luz esta vida en el mismo año en que murió el autor 1685.

Casi al mismo tiempo publicaba el P. García otra historia que despertó mucha curiosidad en el siglo XVII por la novedad del asunto. Era la vida del Venerable P. Diego Luis de Sanvitores, fundador de las gloriosas misiones en las islas Marianas y mártir ilustre de Cristo. Con la biografía del P. Diego Luis juntó el P. García todos los datos históricos que se habían recibido acerca de las islas Marianas, y como hasta entonces no existía en Europa ningún libro que declarase hechos tan apartados y curiosos, se explica el favor con que el público piadoso recibió esta obra y el cuidado que se tuvo en traducirla a otras lenguas. Está redactada como las otras dos biografías en estilo castizo, corriente y claro. Alguna difusión se siente en ciertos capítulos, pero fácilmente se le perdona este defecto, sobre todo en la segunda mitad del libro, donde se nos muestra el progreso de aquellas misiones tan difíciles y gloriosas. Hubiera podido hacer ciertamente buenos trabajos de vulgarización el P. Francisco

García, pues para eso y no para investigaciones críticas poseía aptitud no común.

Omitiendo otras biografías que se escribieron de hombres oscuros y yacen enteramente olvidadas, recordaremos dos escritores que trabajaron sobre historia general de la Compañía en determinadas provincias. El P. Nicolás del Techo (Du Toict), nacido en Lila en 1611 y aplicado a la provincia del Paraguay desde 1640, decidió escribir la historia de aquella provincia para perpetuar la memoria de los heroicos y penosos trabajos ejecutados allí por los misioneros. Aprovechándose de una relación manuscrita muy larga que había redactado el P. Juan Pastor, aragonés, escribió el P. Techo su historia en lengua latina y la publicó en Lieja en 1673. Era la primera historia del Paraguay que salía a luz.

Ya en otra ocasión hemos caracterizado a esta obra y no debemos mudar el juicio que entonces manifestamos (1). «Ofrece esta historia, en general, ese carácter anecdótico tan frecuente en las historias de entonces. En vez de abarcar de una mirada el conjunto, aplicase el autor a referir, uno en pos de otro, los sucesos particulares, y como éstos son tan parecidos y se repiten en cada misionero y a veces en cada año, fatigase el lector confundido con la multitud de singularidades que tal vez no se distinguen sino por el nombre propio del que las hace y por el tiempo y lugar en que se ejecutan. Echase de menos en la historia del P. Techo la parte jurídica, a la que hoy se da, y con razón, tal importancia. No vemos casi nunca las cédulas reales en cuya virtud se ejecutaban muchas acciones; no aparecen aquellos litigios tan escabrosos que tenían, tal vez, los misioneros con los gobernadores, con los capitanes, con las iglesias catedrales y con otras personas. Alguna rara vez se citan cartas de nuestros Padres Generales, pero sólo es para tributar algún elogio insigne a este o al otro misionero. A la muerte de cada operario se enumeran los actos de virtud y las gracias extraordinarias que el difunto había recibido del cielo. En esta como en otras particularidades, muestra el P. Techo algún exceso de piadosa credulidad tan propio del siglo XVII, cuando no se concebía una historia de Órdenes religiosas sin algún acompañamiento de visiones, reve-

(1) Véase la *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*, por el P. Pablo Pastelis. Tomo I, prólogo.



laciones y profecías que no siempre se recibían con el debido discernimiento.»

Al lado del P. Techó podemos mencionar al P. Francisco de Florencia, nacido en 1619 en la Florida, quien después de ejercitar su pluma en varios escritos piadosos y sermones gongorinos, emprendió la *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en Nueva España*. Un solo tomo se publicó en 1694 después de muerto el autor, y este tomo no nos hace sentir gran cosa la falta de los otros. El P. Florencia es uno de aquellos historiadores a lo devoto, que narra superficialmente los principales acontecimientos y se detiene en ponderar los actos de virtud, acogiendo con infantil credulidad todo lo que pueda ser honorífico para la Compañía y para las personas piadosas cuyo nombre asoma en la narración. Es un escritor a quien podemos llamar de decadencia, en aquel siglo en que todo iba decayendo con espantosa rapidez.

4. Pasemos ahora al campo, siempre fecundo, de los ascetas y literatos. Esos mismos teólogos e historiadores citados anteriormente ejercitaron su pluma en libros morales o de religiosa piedad. Si se recorren obras bibliográficas de la Compañía, tropezaremos a cada paso con libros enderezados a dirigir espiritualmente almas piadosas, a promover la devoción de la Inmaculada Concepción o de las ánimas del Purgatorio, o a otras cosas parecidas. El número de libros ascéticos no es corto, pero la calidad es, generalmente, baja. No aparece en todo este tiempo ningún asceta de primer orden, ninguno que haya alcanzado, no ya la popularidad de Santa Teresa o del P. Rodríguez, pero ni siquiera la lectura frecuente de las personas cultas, como el P. La Puente o el P. La Palma. Las obras publicadas en estos tiempos se han convertido en verdaderas rarezas bibliográficas, cuya noticia sólo alcanzamos recorriendo las columnas del Sommervogel o de otros repertorios semejantes.

Haremos, sin embargo, una excepción en favor de un jesuita que nos parece dotado de cierta originalidad. El P. Francisco Garau, nacido en Gerona el año 1640 y admitido muy joven en la Compañía, fué Rector en varios colegios de la provincia de Aragón y murió en Barcelona el año 1701. Adornado de gran facilidad de estilo, redactó varias obras morales y piadosas que fueron bien acogidas por el público español. Mencionaremos las dos principales. En 1675 imprimió *El sabio instruído de la natura-*

*leza*, en cuarenta máximas morales. Son tres tomos en cuarto, de unas 400 páginas cada uno. Al principio escribe el P. Garau un breve elogio del fabulista Esopo, y luego, para cada capítulo, coloca por vía de encabezamiento alguna fábula esópica; de esta fábula deduce una máxima, la cual después va declarando y parafraseando en todo el capítulo. La doctrina, dicho se está que es grave y ortodoxa, el modo de aclararla no carece de originalidad y más de una vez recuerda el *Criticón* del P. Gracián, con el cual tiene cierta afinidad literaria nuestro P. Garau. El lenguaje es castizo y muy suelto (mérito muy apreciable en un catalán) y los ejemplos y hechos aducidos para exponer la doctrina son a veces muy oportunos, aunque de vez en cuando parezcan traídos por los cabellos. Más que ascético debe llamarse este libro moralista, y como ya supondrá el lector, incurre en aquel defecto tan ordinario en este género de obras, cual es el estilo sentencioso y algo pesado.

Para completar, sin duda, esta obra sacó a luz el autor en 1688 otra que intituló *El sabio instruído en varias máximas o ideas evangélicas*. Son dos tomos divididos en un centenar de capítulos o, como dice el autor, *ideas*. Este libro pudiera calificarse también de ascético; pero más bien diremos que es moralista sagrado, porque las ideas y principios de la moral se apoyan en textos de la Sagrada Escritura más que en ejemplos y dichos de la clásica antigüedad. Adolece este libro de cierta vaguedad. Extiéndese el autor en moralidades ya sabidas, y hace contorsiones de ingenio para dar novedad a verdaderas perogrulladas. Estos dos libros debieron ser acogidos con mucho favor por el público español, puesto que en el espacio de pocos años se repitió tres o cuatro veces su edición.

No dejaremos de notar, que por estos tiempos empezaron a asomar en España libros ascéticos traducidos del francés. Ya se habían hecho algunas traducciones del italiano. También se tradujo tal cual libro de autor francés, pero que había escrito en latín. Ahora se presentan libros traídos de la lengua francesa. Véanse dos debidos al P. Sebastián Izquierdo, ya citado entre los teólogos. En 1676 imprimióse en Roma el libro *«Reflexiones santas o máximas grandes de la vida espiritual para todos los meses del año»*, escrito en lengua francesa por el P. Juan de Bussiére, de la Compañía de Jesús, y en la lengua española, por el P. Sebastián Izquierdo, de la misma Compañía, natural de Alcaraz. En el mismo



año se estampó otro breve libro con este título: *Dios solo o exhortaciones al puro y verdadero amor de Dios solo*. Lo había escrito en francés el doctor Enrico María Boudon, y lo tradujo a nuestra lengua el mismo P. Izquierdo. Así empieza en España esta costumbre, que con el tiempo se había de convertir en calamidad nacional, de traducir libros ascéticos franceses. Que se traduzcan al español obras de otras ciencias, parece muy natural y hasta cierto punto necesario. Puesto que carecemos de libros propios, bueno es que aprendamos algunas ciencias en libros extraños, aunque estén, ¡ay dolor!, detestablemente traducidos. Pero traducir al español libros ascéticos es verdaderamente llevar hierro a Vizcaya, como suele decirse, y traernos de fuera quien nos diga en mal lenguaje y a oscuras lo que en lenguaje castizo y muy a las claras nos dijeron los grandes ascetas españoles.

Tampoco faltaron, como comprenderá el lector, en estos tiempos jesuitas que ejercitaron su pluma en la amena literatura. Hubo tal cual comedia a lo divino escrita por Padres españoles. Mesonero Romanos imprimió el drama alegórico *La gloria del mayor siglo*, obra del P. Valentin de Céspedes, representada en 1640 para festejar el centenario de la Compañía. En el mismo estilo escribió más adelante el P. Fomperosa un drama sobre San Francisco de Borja y otro titulado *El cerco de Viena en 1680*. Han pasado enteramente de moda estos dramas a lo divino, y el público de nuestros días no puede aguantar en el escenario los personajes alegóricos, aunque hablen en versos fáciles y declamen fragmentos líricos. Todas estas poesías, como otras obras de amena literatura, están hoy enteramente olvidadas.

A esto contribuye en gran parte el pésimo gusto literario en que se escribían entonces las obras, sobre todo las de aparato. Los sermones predicados en grandes festividades, las relaciones de festejos literarios, los memoriales a las personas ilustres, estas y otras obras en que se ostentaban las fuerzas del ingenio y las galas del estilo, nos parecen hoy intolerables en la lectura. A fines del siglo XVII se había cerrado, digámoslo así, la noche del mal gusto. Todo el mundo escribía en rematado estilo gongorino. El adorno intemperante del estilo por un lado, las contorsiones del ingenio por otro, y lo que todavía nos repugna más, la espantosa prolijidad y redundancia, arredran al más paciente lector, que no puede sufrir tanta escritura, para no decir al fin nada o para venir a parar en vulgaridades y perogrulladas. Has-

ta el título de los libros causa risa a los lectores. Observamos en general que los libros de aquel tiempo llevan títulos larguísimos y a veces no bien inteligibles. Por ejemplo, quiere el P. Francisco de Florencia publicar un libro de 300 páginas sobre los santuarios de María Santísima que hay en Nueva España; pues el libro os aturde con esta portada: *Zodiaco Mariano en que el sol de justicia Cristo con la salud en las alas visita como signos y casas propias para beneficio de los hombres los templos y lugares dedicados a los cultos de su Santísima Madre por medio de las más célebres y milagrosas imágenes de la misma Señora que se veneran en esta América septentrional y Reino de Nueva España*. A este tenor solían ser los títulos de obras tal vez insignificantes de Historia o de Filosofía. Este mal gusto literario, difundido en las historias, en los discursos, en las relaciones, en los memoriales, y por supuesto en todo género de poesía, hace intolerables al lector moderno las obras que por entonces se escribían en español. Deploremos que se gastasen algunas veces verdaderos ingenios en escribir cosas ininteligibles para tormento y no para ilustración de los lectores.